

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

19/2016

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Berg, Maggie y Seeber, Barbara K., *The Slow Professor. Challenging the Culture of Speed in the Academy*, Toronto, University of Toronto Press, 2016  
(Francisco Javier Caspistegui)  
pp. 533-535



Universidad  
de Navarra

---



## RECENSIONES

Berg, Maggie y Seeber, Barbara K., *The Slow Professor. Challenging the Culture of Speed in the Academy*, Toronto, University of Toronto Press, 2016. X+115 p. ISBN: 9781442645561. 23,00\$.

Preface. Introduction. Time management and timelessness. Pedagogy and pleasure. Research and understanding. Collegiality and community. Conclusion: Collaboration and thinking together. Acknowledgments. Works cited. Index.

En la reseña que hizo de este libro en *Times Higher Education* (26.05.2016), Emma Rees comparaba el mundo académico con la mañana de un lunes que se prolongaba indefinidamente en el tiempo, la sensación de contar con la carga de trabajo de toda una semana por delante de forma permanente, inacabable. Esta imagen contrasta con todas aquellas que sitúan al mundo de los docentes en una situación de privilegio laboral, con interminables vacaciones y tareas escasamente estresantes. Pero más allá del estereotipo, algunas de las estadísticas e informes que las autoras recogen en este libro muestran elevadísimos niveles de estrés y una creciente incidencia de problemas físicos y mentales. Lo llamativo es que las referencias que se refieren a su entorno universitario, en Canadá y EE.UU., son plenamente reconocibles por la autora de la reseña mencionada más arriba, y perfectamente identificables también en Europa, donde las alusiones a la falta de tiempo, al incremento de tareas administrativas, a la frustración permanente y la autoinculpación por incapacidad son generalizadas entre los docentes e investigadores. Es evidente que el mundo universitario ha cambiado en todo el mundo y que las consecuencias son tan globales como la globalización de los modelos de gestión. De hecho, esta transformación ha afectado de manera especial al mundo de las humanidades, en el que las lógicas de productividad y resultados son especialmente impactantes.

Frente a ello, las autoras —del ámbito de la crítica literaria universitaria— proponen acogerse al movimiento *slow*, una iniciativa impulsada en 1986 por Carlo Petrini durante la protesta por la apertura de un restaurante de comida rápida en la Piazza di Spagna de Roma. Fue el nacimiento de *slow food*, a partir del cual se ha ido aplicando a otros muchos aspectos. Su propuesta es la necesidad de no considerar positiva por principio la rapidez, apreciando las ventajas de llevar a cabo cada actividad con su ritmo propio, haciéndola bien antes que rápido. En el libro que comentamos, y también a partir de lo propuesto por Stefan Collini en *What are universities for?* (2012), sus autoras tratan de aplicar esos principios al mundo universitario, criticando la tendencia hacia un modelo empresarial, basado en la productividad y en los resultados, en lo cuantificable, aplicado y productor de beneficios, especialmente desde el mundo de las humanidades, claramente en posición de inferioridad, lo que se traduce en las progresivas restricciones que está sufriendo a todos los niveles, con el recorte de su

## RECENSIONES

presencia en la enseñanza básica y secundaria (desaparición de las lenguas clásicas, de la filosofía, reducciones en literatura e historia...).

Esta propuesta la plantean como una llamada a la acción y, por ello, como una iniciativa idealista en la que incluyen un manifiesto (*Slow Professor Manifesto*) frente a «the beleaguered, managed, frantic, stressed, and demoralized professor who is the product of the corporatization of higher education» (ix). En él abogan por la «deliberation over acceleration. We need time to think, and so do our students. Time for reflection and open-ended inquiry is not a luxury but is crucial to what we do» (x).

De hecho, el síntoma más evidente del cambio de situación es la falta de tiempo crónica, la urgencia de la mejora continua, la búsqueda incesante de recursos, la presión por alcanzar el ideal que la vocación soñaba. A esta tarea de Sísifo que es el trabajo intelectual, nunca acabado, se ha añadido el mencionado cambio del modelo universitario: «The time crunch has only worsened in the last two decades» (7, 17, 58). Y esto afecta a todos los ámbitos de la universidad, incluidos los propios alumnos, tan estresados como sus profesores e incapaces de manejar el tiempo. Frente a ello han proliferado sistemas de gestión y mejora en su uso, con consejos poco realistas o excesivos, basados en muchos casos en la multitarea, al modo de la tecnología omniabarcante que nos rodea y que tanto está marcando nuestros modos de conocer la realidad, como ha señalado Nicholas Carr. Por eso, las autoras proponen un *timeless time*, imprescindible para el trabajo intelectual y proponen aplicarlo a través de una serie de sugerencias, como permanecer desconectados, hacer menos para poder hacerlo mejor, tener sesiones de tiempo sin tiempo, tiempo para no hacer nada —tiempos muertos—, y dejar de hablar del tiempo todo el tiempo (29-32). De ahí su propuesta: «overwork certainly makes us jealous, impatient, and rushed. Slowing down, in contrast, is about allowing room for others and otherness. And in that sense, slowing down is an ethical choice» (58-9). Esto es especialmente importante en las disciplinas humanísticas, para las que el tiempo es, como indican a partir del libro de Daniel Coleman y Smaro Kamboureli (*Retooling the Humanities*, 2011), la infraestructura básica, tan importante como los equipos técnicos y las instalaciones para las ciencias. En definitiva, en estos ámbitos se trata más de comprender que de conocer, como ya establecieron en la segunda mitad del siglo XIX autores como Dilthey o Droysen y, por tanto, el tiempo para uno mismo y para los demás es imprescindible.

Una consecuencia de todo este nuevo estado de cosas es la pérdida de contacto tanto entre los propios académicos-docentes, como entre estos y los alumnos. De hecho, la enseñanza como interacción depende en buena medida de la capacidad para transmitir emociones y entusiasmo, y esto se resiente tanto con las situaciones de estrés como con la distancia tecnológica, incapaz de mostrar cercanía e ineficaz para adaptarse a las cambiantes situaciones de las personas. Todo ello hace que ni los profesores mejoren sus conocimientos y su capa-

## RECENSIONES

cidad para transmitirlos, ni los alumnos incrementen su rendimiento, dado que un ambiente afectivo influye en la naturaleza del aprendizaje. En último término, se trata de que ambas partes disfruten con lo que hacen. Tiene que haber una convivencia más estrecha comenzado por los académicos entre ellos, evitando las situaciones de competencia y aislamiento y favoreciendo la ayuda mutua, el trabajo en colaboración sin necesidad de un beneficio inmediato en forma de recompensa académica, con todas las repercusiones emocionales que ello implica. Un ejemplo revelador frente al que se resisten es el de que las tesis doctorales se realicen por videoconferencia, un sistema barato pero que priva de cualquier contacto humano un acto de mucha repercusión simbólica y personal.

Por eso realizan una serie de recomendaciones (64-70), comenzando por una actitud en la que la espera sea más importante que la prisa por producir, o que reconocer lo que no ha salido adelante sea una forma de asumir nuestros propios límites. Convenir en que más no es necesariamente mejor, en parte porque en el mundo académico juzgamos más que medimos, pero reconocer también que más a veces es mejor, sobre todo cuando presentamos un trabajo complejo. Admitir que vamos poco a la biblioteca, por mucho que dispongamos de internet que, de hecho, ha reducido el número de referencias en los textos académicos. Y además, leer en la biblioteca, incluso aquello que no sea de imprescindible necesidad sin que despierte la molesta sensación de estar perdiendo el tiempo. Ser también capaces de dirigir la mirada crítica profesional hacia la disciplina propia y hacia nuestra trayectoria. Por eso, tener la capacidad de elegir los temas de interés aunque no estén necesariamente vinculados con el tema más candente.

No dejan de ser, en muchos casos, planteamientos de sentido común, pero tampoco eso impide que tal vez ahora sea más necesario que nunca reconocer su necesidad. Es evidente que la universidad está cambiando en profundidad, y tal vez haya que reconocer en Berg y Seeber cierto grado de ingenuidad, incluso de utopía, pero quizá necesitamos recuperar ambas para humanizar el conocimiento, sobre todo en unas disciplinas humanísticas cada vez más arrinconadas. Al menos la reflexión nos hará capaces de darnos cuenta del problema y, por ello, iniciar los pasos que lleven a su solución.

Maggie Berg es profesora en el Departamento de Inglés de la Quenn's University y obtuvo el Chancellor A. Charles Baillie Award for Teaching Excellence. Entre sus publicaciones destaca *Jane Eyre: Portrait of a Life* (1986), y *Wuthering Heights: the Writing in the Margin* (1996). Barbara K. Seeber es profesora en el Departamento de Inglés de la Brock University. Obtuvo el Brock Faculty of Humanities Award for Excellence in Teaching. Ha publicado: *General Consent in Jane Austen: a Study of Dialogism* (2000), y *Jane Austen and Animals* (2013).

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra